

Recordando al Profesor Don Luis Moya

MARIA ANTONIA FRIAS

Cuando los primeros sentimientos que despertó su marcha, se van ya remansando en un dolor sereno, parece llegado el momento de intentar hilvanar algún recuerdo -alguno de los muchos que todavía atropelladamente acuden a la mente- con el único objeto de recrear de nuevo su amable figura y revivir sus enseñanzas; especialmente esas enseñanzas que entre líneas recibimos de él en esta Escuela. Queda para otro momento -ha sido ya esbozada por otros y lo será todavía con más detenimiento- la necesaria labor de justicia de recordar sus importantes aportaciones a la arquitectura, a la ciencia y a la técnica, a la cultura, a la humanidad. Si el propio Don Luis llegó a decirnos, recordando la frase de Ortega: "Yo soy yo y la universidad", no resultará al fin y al cabo un campo demasiado estrecho, aun sabiéndolo insuficiente.

Cuando el pasado veinticinco de enero el Señor quiso llevarse junto a Sí a nuestro querido profesor, ponía un apacible final a ochenta y cinco años de vida fecunda y ejemplar. Tuvo tan sólo unas horas de inconsciencia, concedidas a la medicina que cumplía con su noble misión de resistir; horas que siguieron al aviso urgente: momento sereno de despedida, contrición y consuelo espiritual. Tan sólo esas escasas horas se restaron a una actividad constante, plena, movida por el recto afán de conocer: ciencia, belleza; y de amar: cariño, servicio.

Don Luis -lo mismo nos ocurre ahora a nosotros- nunca calificó de previsible el fin de la vida de sus admirados y queridos amigos, por muy longevos que hubieran sido. Tal como a él le sucedía con aquellos, al contemplar su juventud de espíritu, su cultivada inteligencia y disciplinada voluntad, y, por qué no decirlo, también su fe, que le hacían estar por encima de toda limitación física, recibimos sorprendidos la noticia. Sólo se le había escapado un lamento en estos últimos meses, con una sonrisa de conformidad, cuando esa limitación le obligaba -como comentaba recientemente- "a tener que ir prescindiendo ya" de algunos encuentros: con colegas, con alumnos, con amigos. ¡Esa última conferencia, sucesivamente pospuesta, que esperábamos quizá para la celebración de los XXV años de la Escuela...!

Siempre se va demasiado pronto un hombre que puede hacer tanto; y resulta doloroso también, que quien tiene tanto dentro de sí, se lo lleve consigo. Pero sobre todo ello, está el sentimiento por la ausencia de una gran persona; su vacío entre los que de momento permanecemos.



D. Luis Moya

Suele decirse que la vida de los grandes hombres se caracteriza por el gran número y la calidad de las relaciones que saben establecer con los demás. Quizá Don Luis recordaría a este propósito -como otras veces lo hacía- que el número de neuronas con que nacemos va disminuyendo con los años, mientras que la red de conexiones entre ellas se hace cada vez más consistente y compleja. Fueron efectivamente muchos los lazos que tendió y estrechó Don Luis con tantas personas, cuyas vidas se fueron solapando alternativamente con la suya. Los que creemos como él -que también en esto nos dió ejemplo- sabemos, y nos consuela, que esos lazos permanecerán eternamente; que los volveremos -purificados- a recobrar.

A nosotros, en la Escuela, nos cupo la dicha de tenerle durante casi veinte años -los últimos de su vida-, en los que según dejó dicho: "mi integración y cariño puestos en ella son tales como si le hubiera

dedicado todos mis años de docencia". Y ello sin desdoro de las otras, pues como inmediatamente antes había afirmado, haciendo suya "la hermosa respuesta" que dió el fundador de esta universidad a quien le informó de que D. Luis había dejado la Escuela de Madrid para venir a la de Pamplona, "hay que amar a la Escuela de Arquitectura de esta Universidad y a todas las Escuelas de Arquitectura de España". La de Madrid ocupó, no cabe duda, un papel insustituible, porque, además de haberse formado en ella como arquitecto y como docente -deudas de gratitud que Don Luis percibía como nadie la tuvo también bajo su dirección.

Agradeciendo el acto de homenaje que esta Universidad de Navarra -en nombre de la Institución Universitaria en general- le tributó con ocasión de los cincuenta años de cátedra, afirmaba: "la relación con alumnos y profesores" vivida aquí, "me han convertido en una persona diferente de la recién llegada desde Madrid". Es justo que ahora, aunque él no lo precise, y ya que podemos expresarnos libremente sin temor a su protesta, manifestemos por nuestra parte un agradecimiento correlativo, portándonos efectivamente también como "personas diferentes", que han aprendido y siguen intentando poner en práctica sus grandes lecciones.

La primera de ellas nos la dejaba -casi con la fuerza de un testamento espiritual- en el modo como concluyó aquella ocasión solemne. Hizo suyas las dos palabras que según citaba "escribió Goya sobre un conocido dibujo donde representó a un anciano de exagerada vejez que avanza apoyado en dos bastones y que dicen así: Aún aprendo". Y concluía: "Seguiré aprendiendo siempre. Es la verdadera vocación de todo universitario".

Había hecho referencia a lo que aprendía de otros profesores -tantas veces antiguos alumnos suyos-, a quienes buscaba, como gran conversador, con idéntico afán de dar y recibir; disfrutando tanto con los elevados conocimientos eruditos como con las anécdotas curiosas y divertidas; a quienes echaba tantas veces en falta cuando ya nos habían dejado, comentando cómo seguramente ellos tendrían la respuesta que buscábamos.

Aprendía de sus alumnos, en cuyas a veces entrecortadas palabras adivinaba grandes intuiciones y renovadoras visiones, atribuyéndoles a ellos los profundos conocimientos y relaciones, que su interés y afecto hacía surgir de su propia memoria. Les aseguraba con frecuencia que su opinión era la realmente importante; que entre ellos había verdaderos especialistas en campos de los que él apenas nada sabía; y les estimulaba haciéndoles ver el gran trabajo que tenían por delante. Tras hablar con entusiasmo del futuro concluía: "Esto lo harán ustedes".

Su mirada retrospectiva recordaba su sorpresa al ver cómo en sus primeros años de docencia, sus alumnos recibían de modos tan distintos, según su

propia personalidad, una misma enseñanza; y al comprobar las originales aportaciones de su intuición juvenil. Por respeto a ellas, su método de enseñar, aprendido según decía en las tertulias madrileñas a las que asiduamente asistió (Unamuno, Ortega, Valle Inclán, Eugenio D'Ors y Zubiri, junto a escultores y pintores entre los que se encontraba su tío Solana), se parecía más a la "mayerútica" socrática que a la acostumbrada lección magistral. Esta elección pone de relieve una vez más su reconocida sencillez, ajena a cualquier forma de propia valoración, que pasaba por alto elegante e indulgentemente los fallos ajenos, y ensalzaba cualquier valor de otro de un modo que, siendo evidentemente excesivo a los ojos del interesado, pudiera parecer justificado a los ajenos: ¡Cuántas dedicatorias de sus escritos pueden testificarlo!

Aprendía enseñando; en la universidad y fuera de ella: siempre. Un corto trayecto realizado con él en un taxi, una breve espera en conserjería, era ocasión suficiente para comprobar su interés por lo grande y por lo pequeño; por lo local y por lo universal; y siempre, ante todo, por lo personal.

En sus viajes a la Escuela la primera visita, antes de comenzar sus numerosas clases diarias, era siempre para el Director: sincera muestra de amistad, pero también de reconocimiento, poniendo a su servicio cada nueva estancia. En ausencia de éste, hacía lo mismo con el que ocupaba el cargo de Secretario, llegando a tener gran amistad y a conocer profundamente las aficiones e intereses personales de los que se fueron sucediendo.

Buen conocedor del protocolo y de las reglas de cortesía, no dejaba de defender para todos el lugar que les correspondía, olvidándose del suyo propio; como cuando con su extraordinaria rapidez, antes de que nadie pudiera impedirlo, se sentó en el escalón de la tarima donde -con el aula repleta- Francisco Sáenz de Oiza iba a dictar su conferencia.

Renovaba los programas de su asignatura constantemente, ya que -en palabras suyas- "cada curso no es igual al anterior, aunque todos procedan de unas líneas comunes". El decía que variaba "al compás de esa relación alumnos-profesores", pero sobre todo lo hacía al ritmo de sus incesantes lecturas (ininterrumpidas durante sus periodos de falta de visión, gracias a Conchita, su inseparable esposa), y a la extraordinaria atención que prestaba a todo fenómeno contemporáneo, de cualquier campo que fuera.

Mirando siempre al futuro con esperanza, extraía las lecciones del pasado que conocía tan bien y valoraba con justeza, con el fin de ponerlas a su servicio. Daba prioridad en su exposición a las experiencias y descubrimientos personales, sobre otros conocimientos que -decía- "ya están en los libros". Pasaba del tono coloquial al erudito, adaptando su saber al interés y a la capacidad del oyente, fomentando siempre la participación. Y con la misma afabilidad y firmeza con que asentía: "efec-



Una de las múltiples felicitaciones de Navidad diseñada y dibujada por D. Luis Moya

tivamente”, a cualquier observación, corregía con un: “no, al contrario”, seguido de una razonada argumentación.

En sus primeros años en Pamplona, mientras el reducido número de alumnos lo permitió, ensayó informales clases-tertulia en la Escuela; en las que, para mayor ambientación, Florencio, desde el bar, suministraba los cafés. Tertulias que fueron luego trasladadas al conocido Café Iruña, en la tradicional Plaza del Castillo, ante el asombro de su, a esas horas, vetusta clientela. Cuando ya no fué posible, hubo de limitarse a aceptar, siempre agradecido, las frecuentes invitaciones de Colegios Mayores o grupos de espontáneos, que sumadas a sus clases podían alcanzar las siete u ocho horas diarias de coloquio.

Durante algunos años, Don Luis tuvo que sufrir repetidas intervenciones quirúrgicas en los ojos, con periodos sucesivos de pérdida parcial o total de visión. Gracias a efectuarse éstas en la Clínica de la misma Universidad, lejos de su domicilio habitual, pudo observar con justificado orgullo que no había perdido ni una sola clase, aunque hubiera tenido que impartirla con un ojo vendado.

Es de justicia hacer constar aquí que solamente la silenciosa y atenta ayuda de su esposa, acompañándole en todos y cada uno de sus viajes, explica que fuera posible una dedicación tan sumamente extraordinaria, agotadora aun para quien contara con mayor salud y juventud.

Faltó de Pamplona alrededor de un año, pero siguió atendiendo a cuantos alumnos -algunos Profesores de ésta y de otras Escuelas- acudían a Madrid a verle en busca de consejo y orientación. Desde allí dirigió también la última tesis doctoral leída este mismo curso, finalizando ya el año 89.

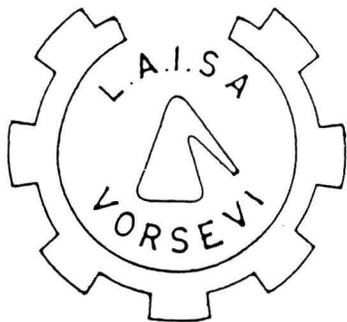
Apenas hacía un mes, Don Luis nos había enviado su último mensaje navideño. Un mensaje que en su figuración, con la alegoría en primer plano de la muerte, ha podido impresionar a algunos. La muerte, que está siempre presente en toda vida y que por ello también lo estaba en sus realistas dibujos, era vista con naturalidad por quien vivía ya cara a una eternidad participada. Por tanto, esa vi-

da en plenitud debía ser esperada por él en un momento quizá no muy lejano (de ahí su cada vez mayor protagonismo); ni temido ni inmediatamente deseado, pero quizá inconscientemente sentido. En éste último dibujo, además, apenas tenía ya la arquitectura más papel que el de mero soporte. Y al añadirse, siguiendo complaciente la sugerencia de la observadora Conchita, quedó lejana, sobre un fondo nocturno. Como en los últimos años del gran Miguel Angel, las bellezas y afanes de este mundo se van relegando a un segundo término, mientras lo sobrenatural ocupa el primer plano. Estas composiciones navideñas se nos revelan cada vez más claramente, como obras meditadas y profundas, muy lejanas del “mero entretenimiento” con el que quitándoles importancia las calificaba su autor.

Son quizá, de nuevo, las palabras que de San Agustín recoge, coronadas con la perfecta estrella que envuelve al número otrora calificado de divino, las que reflejan con mayor claridad este mensaje de esperanza. El comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan elegido para esta ocasión, utiliza la metáfora del arquitecto para expresar un pensamiento referido al Verbo de Dios: a Cristo, que nos sale al encuentro de nuevo esta Navidad, para Don Luis definitivamente.

El arquitecto -dice San Agustín- también concibe un verbo, una idea, hija de su inteligencia, que contempla dentro de sí antes de que su obra esté realizada, cuando todavía es ignorada por todos los demás. Solamente después de levantada la fábrica, “se contempla la grandiosa construcción y se admira la idea del arquitecto. Se quedan atónitos de lo que ven y aman lo que no ven. ¿Quién es el que puede ver esa idea interior?”. La gran fábrica del mundo -sigue exponiendo el Santo- nos dá también una idea de la grandeza del Verbo que lo hizo. Queda latente la última pregunta.

Ese mundo que Don Luis se esforzó tanto en conocer, amar y mejorar, despertaba cada vez más honda en él esa otra pregunta por la Verdad, la Bondad y la Belleza. Esa es la pregunta que se hizo y nos hizo en esta Navidad, y que ahora “cara a cara”, poseyéndola, podrá responder.



LABORATORIO ANALISIS INDUSTRIALES

VORSEVI, S.A.

HOMOLOGADO POR EL MINISTERIO DE LA VIVIENDA

ESTUDIOS GEOTECNICOS

CALCULO DE CIMENTACIONES

CONTROL DE OBRAS E INSTALACIONES

PATOLOGIA DE LA CONSTRUCCION

ANALISIS Y ENSAYOS DE MATERIALES

CALCULO DE ESTRUCTURAS

Marqués de Paradas, 21
(954) 21 52 60 - 21 55 78 (955) 26 33 45
41001 - SEVILLA

Arqueologo Garay de Anduaga, 20
(956) 85 26 11
21004 - HUELVA

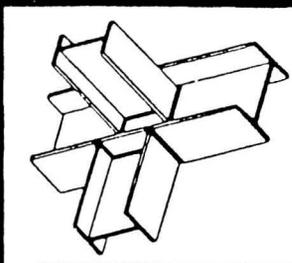
Avda. Mesesteeo, 9
PTO. SANTA MARIA

Ctra. Málaga-Algeciras, Km. 162,8
ESTEPONA
(952) 79 19 74

Valladolid, 3
(924) 25 56 55
06006 - BADAJOZ

Pintor José de Rivera, 15
(952) 31 54 89
29003 - MALAGA

SACOM
S. a.



* ESTRUCTURAS METALICAS

* CALDERERIA

OFICINAS:

Plaza de la Encarnación, 23-5.º
Teléfonos: 21 68 31 - 21 35 07
SEVILLA - 3

FACTORIA:

Carretera de Alcalá de Guadaira, km. 8,200
Teléfonos: 70 07 59 - 70 19 35
ALCALA DE GUADAIRA

